

La salvación en la creencia y en el bautismo

... Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado (Marcos 16.15–16).

JESÚS fue crucificado en la cruz del Calvario; fue quitado de la cruz por manos amorosas y fue sepultado en la nueva tumba de José de Arimatea en un jardín. Pero en la mañana del tercer día, rompió las barras de la muerte y del infierno y salió en triunfo de la tumba. Por los próximos cuarenta días, apareció repetidamente a sus apóstoles, y les habló acerca del reino de Dios. Entonces, desde la cumbre del monte de los Olivos, ascendió al Padre en el cielo.

Antes de que ascendiera, Jesús se apareció a los apóstoles mientras comían, y les regañó por su incredulidad y su dureza de corazón al rechazar la noticia de los que lo habían visto después de su resurrección. Entonces les dijo, “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16.15–16).

Todos los que creen en la Biblia aceptan el hecho de que la salvación está en y es por medio de Jesucristo. No hay otra manera de salvarse:

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4.12).

Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna (2 Timoteo 2.10).

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo (1 Juan 5.11).

I. LAS CONDICIONES MENCIONADAS

Los requisitos para la salvación son claramente expresados en el registro de Marcos de la gran comisión de Jesús. La primera responsabilidad del pecador es oír y aceptar el evangelio. Entonces, Jesús prometió que “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16.16). Todos a quienes conozco que se dicen creer en las Escrituras, aceptan el requisito de la creencia del mensaje del evangelio sin duda alguna, pero la gran mayoría de ellos abiertamente rechazan el requisito del bautismo. Según las reglas de la gramática, igual que para la gramática del griego *koine* original, la creencia al igual que el bautismo son esenciales para la salvación como declarado por el Señor en este versículo. La oración usa una construcción compuesta y es declarativa, con “el que creyere y fuere bautizado” como el sujeto compuesto. “El” es el sujeto sencillo, modificado por la cláusula restrictiva “que creyere y fuere bautizado”. El predicado sencillo es “será salvo”. La cláusula principal es “el... será salvo”. Es fácil determinar cuál “el” será salvo. Note que Jesús no dijo, “El que creyere será salvo”, ni “El que se bautizare será salvo”, sino “El que creyere y se bautizare será salvo”. La conjunción coordinante

“y” une los conceptos de “la creencia” y “el bautismo” como requisitos para los perdidos para que se salven.

II. LA CREENCIA INDISPENSABLE

Los que aceptan la Biblia como la inspirada y autoritativa Palabra de Dios admiten que la creencia es esencial para la salvación del pecado. La absoluta necesidad de la fe se muestra en docenas de referencias bíblicas. Por ejemplo:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3.16).

Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis (Juan 8.24).

Y sacándolos, le dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos. Y llevándolos a su casa, les puso la mesa: y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios (Hechos 16.30–34).

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5.1).

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él (1 Juan 5.1).

La pregunta de suma importancia es, ¿cuál grado de fe salva? El Nuevo Testamento diferencia entre varios grados de fe. Por ejemplo, Jesús mencionó “(no)... tanta fe” en Mateo 8.10 y “poca fe” en Mateo 14.31. Pablo escribió de “fortalecerse en fe” en Romanos 4.20 y de estar “débil en la fe” en Romanos 14.1. Santiago mencionó “fe muerta” en Santiago 2.17, 26 y una fe “que se perfeccionó” en Santiago 2.22. Mientras varias denominaciones religiosas hablan de la salvación por medio de la fe sola, ni una de las referencias nuevotestamentarias dice que la salvación viene sólo por la fe. El grado de la fe que salva es el grado que trabaja en obediencia a la voluntad de Dios. La fe que rehusa trabajar está “muerta en sí misma” y “sin obras [que] es muerta” (Santiago 2.17, 20). Considere otras referencias que recalcan esta verdad tan importante:

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él (Juan 3.36).

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos; pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovechará? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó á Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe (Santiago 2.14–18, 20–24).

Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor (Gálatas 5.6).

En Hebreos 11.1, el autor inspirado definió la fe: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. El autor ilustró el poder y la eficacia de la fe al mostrar cómo obró en la vida de hombres y mujeres de Dios en las edades pasadas (11.4–40). Grandes hombres como Abel, Noé, y Abraham vivieron y murieron por la fe. Pero su fe fue demostrada por sus obras de obediencia: “Por la fe Abel ofreció a Dios...”, “Por la fe Noé... preparó el arca...”, “Por la fe Abraham... obedeció...”; etc. Sin exageración alguna se podría decir que estas personas antiguas de Dios le agradaban a Dios por la fe sola. La suya era una fe obediente. Esta fe incluía la creencia, la confianza en Dios para cumplir con sus promesas, y un compromiso amoroso hacia Él. Pablo nos dice que el evangelio de Cristo fue dado a las naciones “para la obediencia a la fe” (Romanos 1.5; véanse Romanos 16.25–26).

III. EL BAUTISMO NECESARIO

¿Qué es el bautismo bíblico? El bautismo se incluye en cada caso de conversión dado en detalle en Hechos. Existe mucha confusión en el mundo religioso en cuanto a qué es el bautismo y cuál propósito tiene en el plan de Dios. La palabra se transcribe literalmente de la palabra griega *baptizo*, una palabra que los léxicos definen como, “meter en agua, sumir, sumergir, inmergir”. Pablo llama al bautismo una sepultura:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Romanos 6.3–4).

Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos (Colosenses 2.12).

Para ilustrar, Jesús fue sumergido por Juan en el Río Jordán. Bajó al agua, fue bautizado, y entonces subió del agua.

Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia (Marcos 1.10–11).

El bautismo requiere “mucho agua”, suficiente para completamente inmergir a una persona. “Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados” (Juan 3.23). Cuando Felipe bautizó al eunuco etiope, Lucas registra:

Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y siguió gozoso su camino (Hechos 8.36–39).

De estos pasajes de la Escritura, es obvio que el bautismo bíblico requiere “mucho agua”, un bajar “en el agua” y un salir “del agua”. Esto elimina el salpicar o el vertir agua sobre alguien como modos de bautismo. Sólo la inmersión cumple la acción bíblica del bautismo. En los sagrados registros del Nuevo Testamento, y en la práctica de la iglesia del primer siglo, no hubo excepción. Tampoco debería haber ninguna excepción hoy día. Es absolutamente esencial que la gente haga *lo que* Dios manda que se debe hacer.

¿Quién se debe bautizar? Tome Ud. en cuenta otra vez la comisión que Jesús dio en Marcos 16.15–16: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”. De este pasaje, es claro que la responsabilidad del pecador es *oír y obedecer* el evangelio. Pablo llama esto “el oír con fe” (Gálatas 3.2). También dijo, “Así

que la fe es por el oír; y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10.17). Cuando el evangelio de Jesús fue predicado en Corinto, Lucas dijo, “Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados” (Hechos 18.8).

El candidato para el bautismo bíblico tiene que *arrepentirse* de todos sus pecados. El arrepentimiento incluye el dolor que es según Dios y un cambio de parecer que resulta en una reformatión de vida. Jesús dijo, “Os digo, no; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13.3). En el día conmemorable de Pentecostés cuando los judíos fueron convencidos de sus pecados terribles por medio de la predicación de Pedro y los demás apóstoles, clamaron preguntando qué debían hacer. Pedro les dijo, “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38). Unos días más tarde Pedro se dirigió a otra asamblea de judíos en el pórtico de Salomón, y les mandó, “arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos del refrigerio” (Hechos 3.19). Cuando Pablo les habló a un grupo de intelectuales en la cumbre del Acrópolis en Atenas, les dijo, “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17.30).

En el caso del eunuco etíope registrado en Hechos 8.26–39, Felipe andaba en el carro con él y “le anunció el evangelio de Jesús” (v. 35). El discurso incluyó la necesidad del bautismo, porque cuando llegaron a “cierta agua”, el eunuco le dijo, “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?” (v. 36). Versículo 37 dice, “Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”. La *confesión de fe* en Cristo fue una condición de salvación en el primer siglo y todavía es necesaria hoy día. En casos donde la gente se presentaba para el bautismo, el que lo iba a administrar tenía que asegurarse que la persona a quien iba a bautizar fue un creyente. No fue otorgado inmergir a inconversos. Felipe se aseguró que el eunuco etíope creía en Cristo antes de bajar al agua y bautizarlo. Pablo dijo en Romanos 10.9–10:

... que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.

Pablo también dijo acerca de Timoteo, “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos” (1 Timoteo 6.12). Jesús dijo acerca de la confesión de la fe:

A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mateo 10.32).

Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios (Lucas 12.8).

Haciendo un resumen de la enseñanza de estas escrituras, podemos ver que el que debe bautizarse es uno que oye y cree el evangelio, se arrepienta de sus pecados, y confiesa su fe en Cristo. Estas condiciones para el bautismo necesariamente excluyen a bebés y a cualquier otra persona no responsable (como los discapacitados mentales), porque éstos no son capaces de creer, y no tienen pecados de los cuales arrepentirse.

¿Por qué se debe bautizar al creyente arrepentido? Según Jesús en la Gran Comisión que él les dio a los apóstoles, *un creyente arrepentido debe ser bautizados para ser salvo*. Observe otra vez, “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16.16). Lo que Pedro les dijo a los judíos convencidos en el día de Pentecostés está de acuerdo con lo que Jesús había dicho, “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38). Muchos años más tarde, muy cerca del fin de su vida, Pedro escribió:

Los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo,... (1 Pedro 3.20–21).

Pedro no enseñó que el bautismo solo salva. En la misma epístola, muestra que la fe es necesaria (1 Pedro 1.5–9), y en su segunda epístola mostró la importancia del arrepentimiento (2 Pedro 3.9). En 1 Pedro 1.22–23, el apóstol dijo que los corazones son purificados por la obediencia a la verdad.

El bautismo pone a uno “en Cristo” donde se encuentra la salvación. Pablo dijo, “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos

los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3.26–27). La frase “en Cristo” trae a la mente el concepto de sitio o lugar. Estar “en Cristo” es estar eslabonado junto con él en una unión más hermosa. Cristo y los que son bautizados “en” él forman una comunión corporativa, así que el estar “en Cristo” es ser miembro de su cuerpo, que deriva su vida misma de Cristo. En la discusión de Pablo en el contexto de Gálatas 3, su punto es que los que son hijos de Dios no son los que están “en Israel” sino los que están “en Cristo”. El *lugar* donde uno es hijo de Dios por la fe está “en Cristo”. El bautismo de un creyente arrepentido lo pone “en Cristo”.

En el bautismo en Cristo, se le aplican a la persona los beneficios de la sangre de Cristo. Pablo dijo:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Romanos 6.3–4).

El ser “bautizado en su muerte” es ser sepultado con Cristo, y al ser sepultado con él, la persona se une con él. Antes de ser “sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo”, el pecador no se une con él, pero en el bautismo “en la muerte”, se une con él, y los beneficios gloriosos de su muerte sacrificial en el Calvario se le aplican. La importancia de este paso de fe se muestra en 2 Corintios 5.17 donde Pablo dijo, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. El apóstol Juan también recalcó esta verdad en 1 Juan 5.11, “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo”.

En el bautismo la persona es trasladada de la familia de Satanás a la familia de Dios, la iglesia. Jesús le dijo a Nicodemo, “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3.5). El bautismo es una parte esencial del nuevo nacimiento. Todos los que se convirtieron en hijos de Dios en los primeros días del Cristianismo fueron bautizados, y así entraron al reino de Dios, y la iglesia. Pablo escribió, “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12.13). No hay otra manera de convertirse en hijo de Dios y miembro del cuerpo del Señor, la iglesia.

CONCLUSIÓN

Jesús sufrió y murió por todos, porque “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3.23). Su plan de salvación es fácil de comprender. Cuando el evangelio de la gracia de

Dios se le presenta a gente hoy día que está bajo la condenación, y ellos lo creen y lo obedecen, el Señor les promete la salvación y un lugar en su glorioso reino. “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”.■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados